

char hasta entonces. Parecíame como si una atracción celeste enteramente desconocida, conduciéndome sobre una nube, me hiciese descender con lentitud hacia una isla en el fondo de la cual se levantase soberbio palacio de flores. Algo como una conmoción eléctrica me sacudió un momento, y... me encontré sentado en amplio sillón cerca de la alta abertura de un balcón veneciano. Una góndola, ocupada por crecido número de músicos, descendía el gran canal, procedente del Lido: cantaban aquellos hombres coros armoniosos: el cielo estaba soberbiamente estrellado, hundíase la Luna detrás de las torres lejanas, y Marte descendía hacia el horizonte.

Lentamente sonaron las doce campanadas de media noche en el viejo reloj de la torre: « ¡Calla! — exclamé, — ¡cómo he dormido! ya hace más de dos horas que estoy á la ventana: la Luna ha recorrido 7 300 kilómetros en torno de nosotros, y la Tierra á su vez ha dejado tras de sí 212 000 girando alrededor del Sol. Dulce atracción, tú eres la que rige los mundos á través del espacio; tal vez á través del tiempo riges también las almas. Cielo hermoso tachonado de estrellas, tú, que tantas cosas nos has enseñado ya, ¿tardarás aún mucho tiempo en revelarnos por completo todo el enigma que en tu seno se esconde? En ti ponemos nuestra esperanza: solo tú sabes enseñarnos; solo tú sabes presentar ante nuestros ojos asombrados los panoramas del Infinito y de la Eternidad. »

EL UNIVERSO ANTERIOR

Tuve una vez un sueño que no era sueño precisamente.

Encontrábame como observador del mundo, como cosa de cien millones de años atrás, habitando en un planeta situado en el cortejo de una de las estrellas lejanas del espacio, en el centro de un universo sideral análogo al que existe actualmente aun cuando no era el mismo, porque el universo de entonces está hoy destruído y el de hoy aun no existía.

Lo mismo que hoy, contábanse entonces constelaciones y estrellas, aun cuando no eran las mismas estrellas ni las mismas constelaciones.

Había soles, lunas, tierras habitadas, días, noches, estaciones, años, siglos, seres, impresiones, ideas de los hechos; pero no eran los de hoy.

Aún no estaba formada la Tierra en que habitamos. Flotaban en el espacio los materiales que la componen, en estado de nebulosidad difusa, gravitando en torno al foco solar que gradualmente se condensaba. No había aún ni agua, ni aire, ni tierra, ni piedras, ni vegetales, ni animales, ni siquiera uno de los cuerpos que la química reputa como simples, oxígeno, hidrógeno, ázoe, carbono, hierro, plomo, cobre, etc. El gas,

que por condensaciones y transformaciones ulteriores debía generar las diversas substancias gaseosas líquidas ó sólidas que constituyen en la actualidad la Tierra y sus habitantes, era un gas sencillo, homogéneo, que contenía en su seno, crisálida inconsciente, las posibilidades de lo porvenir. Pero no hubiera podido profeta alguno presentir lo desconocido que dormitaba en su misterio.

Entonces ofrecía nuestro planeta el aspecto de esas vagas nebulosas de gas que el telescopio descubre en el fondo de los cielos y que el espectroscopio analiza. En medio de las estrellas flotaba la nebulosa solar en vías de condensación.

La humanidad con toda su historia, y cada uno de nosotros con todas sus energías, y los seres todos de la Tierra, estaban en germen en esa nebulosa y en sus fuerzas : pero los seres y cosas que conocemos sólo debían llegar á existir después de la larga incubación de los siglos. En el sitio de lo que hoy es la Tierra no había nada más que materia gaseosa flotante en la inmensidad estrellada : y aun, para hablar con mayor exactitud, debe decirse que dicha materia no estaba en el sitio que ocupamos en la actualidad porque la Tierra, los planetas y todo el sistema solar, vienen de lejos y marchan de prisa.

*
**

En la historia de la creación, cien millones de años significan lo que un día ; desvanécense y desaparecen como un sueño fugitivo en el seno de la eternidad que todo lo absorbe

*
**

Entonces, aun cuando nuestro planeta no existía aún, contábanse como hoy estrellas y soles y sistemas solares y mundos habitados. Las humanidades que poblaban esos mundos vivían su vida como vivimos nosotros la nuestra.

Era para el pensador espectáculo emocionante la contemplación del gran trabajo de todos estos seres. En la indiferencia ó en la pasión, en el placer ó en la pena, en la risa ó en las lágrimas, vivían, agitándose, descansando ; combatiendo, perdonando ; acusando, olvidando ; amando, aborreciendo ; arrastrados en el torbellino fatal ; naciendo, muriendo ; sucediéndose ciegamente á través de las generaciones y de los siglos ; ignorantes de la causa que les hizo nacer, como del destino futuro de los mundos y de las almas ; juguetes de la Naturaleza que empuja con su soplo los universos y los seres, las estrellas y los átomos, los siglos y los minutos, como el niño empuja en el aire las burbujas que forma con la espuma de jabón ; precipitándose todos hacia la muerte, como esos torbellinos de arena que el viento huracanado del desierto levanta y lleva á distancias enormes con velocidad vertiginosa. El mismo espectáculo, en una palabra, que la Tierra nos ofrece hoy día : multitudes vivientes en lucha por la vida, sin llegar más que á la muerte.

El espectáculo más sorprendente de esta contemplación retrospectiva, es que *la Tierra no existía entonces*. Ninguno de los seres humanos que viven en la actualidad, que vivirán en lo porvenir ó que han vivido en

los pasados tiempos se hallaba próximo á nacer. Nada, nada de cuanto existe en torno de nosotros existía entonces. Y sin embargo, las humanidades que animaban esos mundos tanto tiempo hace desaparecidos, tenían su historia actual y presente, ciudades en pleno florecimiento, campiñas cultivadas, organizaciones sociales, guerras y batallas, leyes y tribunales, ciencias y artes, y los jueces del espíritu, historiadores, economistas, políticos, teólogos, literatos, esforzábanse por discernir lo verdadero de lo falso, escribiendo á conciencia lo que ellos también llamaban Historia Universal. En concepto de todos ellos la creación se detenía en su tiempo y en el sitio por su mundo ocupado; estaba para todos, acabada; el resto del universo sin límites, el resto de la eternidad sin fronteras, se perdía en la insignificancia, eclipsado por su actualidad. Estaban bien lejos de pensar que antes de ellos había transcurrido una eternidad y otra transcurriría á su vez después de ellos.

Sabios ó ignorantes, ilustres ú oscuros, ricos ó pobres, opulentos ó miserables, religiosos ó escépticos, vivían como si su era no debiese terminar nunca. Éstos, sin descansar un segundo, amasaban una fortuna destinada á la disipación por sus hijos; aquéllos holgaban sin curarse del mañana; aquí los batallones enteros inflamaban el populacho con clamores patrióticos; allá las parejas de enamorados unían en el misterio sus almas temblorosas. Ocupados, según creían ellos, por negocios de gran importancia, arrastrados por la atracción del placer ó remontados en alas de la ambición, precipitábanse los seres de entonces en el torbellino, ni más ni menos que se precipitan los que

hoy existen y conocemos. Como nosotros, esos pueblos han tenido sus días de gloria y sus jornadas de angustia, sus 89 y sus 93, sus Austerlitz y sus Waterloo, y los dramas de la política han tenido también sus 18 Brumario y sus 2 de Diciembre. Del mismo modo, aun no hace mucho tiempo que acá en nuestra Tierra, brillaba esplendorosa la vida de Babilonia, de Tebas, de Menfis, de Nínive, de Cartago; la gloria de las Semíramis, de los Sesostris, de los Salomón, de los Alejandro, de los Cambises, de los Césares, y ahora, en nuestros días, sobre las ruinas de tantos palacios y de tantos templos reina en soberano el silencio de las fúnebres soledades en medio del silencio de la noche invasora. Y no son solamente pueblos y reinos y vastos imperios los que han desaparecido á través de la historia del universo, sino que también se han ido mundos enteros, grupos de mundos, archipiélagos de planetas, de universos!

Porque la eternidad no ha principiado, no; no ha tenido principio *nunca*. Las fuerzas de la Naturaleza no han permanecido jamás inactivas. Nuestras medidas de tiempo, nuestras concepciones de duración, no existen para la Naturaleza misma; para ella no hay pasado ni futuro, no hay más que un presente perpetuo. Á través de las manifestaciones y transformaciones incesantes permanece inmutable. Nosotros somos los que pasamos: ella queda.

No me es posible pensar sin miedo en la cantidad innumerable de seres que han vivido en todos los mundos que hoy ya no existen; en todos los espíritus superiores que han pensado, que han producido, que han guiado á las humanidades por las vías del pro-

greso de la luz y de la libertad; no me es posible acordarme de los Platón, de los Marco Aurelio, de los Pascal, de los Newton de los mundos desvanecidos, sin preguntarme qué ha sido de ellos. Fácil es responder que nada queda, que murieron como habían nacido, que todo es polvo y al polvo vuelve todo; esa es una respuesta fácil, pero poco satisfactoria.

*
**

No tengo en verdad la pueril pretensión de resolver el gran misterio. Creo sinceramente que para tratar de esos insolubles problemas de la eternidad y del infinito nos encontramos en la misma situación que las hormigas que pretendiesen instruirse entre ellas sobre la historia de Francia: no obstante sus aptitudes intelectuales, legítimamente reconocidas; á pesar de toda su buena voluntad, de todos sus esfuerzos, de todas sus investigaciones, es muy probable que no conseguirían ni aun pasar del conocimiento de su hormiguero, sin llegar á la concepción de ideas acerca de los humanos y de sus negocios. Para ellas indudablemente los verdaderos propietarios de los bosques y de los parques son las hormigas, y los pulgones por ellas domesticados; y en su concepto, cuantos bichos les estorban son los parásitos de la Tierra. ¿Sabes acaso que existen los pájaros? es muy dudoso: cuanto á los hombres, lo probable es que ignoren su existencia, á menos que las de los países civilizados tengan en su lenguaje antenal una expresión que corresponda á la idea de fabricante de azúcar, pastelero, confitero ó cocinero, ó de cualquiera de sus enemigos implaca-

bles, como el jardinero por ejemplo. Pero, aun suponiendo que esos ingeniosos bichitos conocen nuestra existencia es evidente que no les sería dado adquirir acerca de la especie humana y de su historia otra clase de ideas que... ideas de hormiga.

*
**

Sería perfectamente pueril é inútil perdernos en las nebulosidades de la metafísica para dar con una solución que es lo más probable se nos escape siempre: sin embargo, un aspecto peculiar de la creación, merece que fijemos en él nuestras ideas con algún detenimiento; *el tiempo*: y es asimismo interesante pensar que siempre, toda la eternidad, han flotado en la luz de sus soles tierras habitadas como la nuestra, y que eternamente ha habido humanidades gozando de las alegrías de la vida, y que eternamente también ha sonado en el reloj de los siglos la hora del fin del mundo, sepultando unos tras otros universos y seres, y envolviéndolos en la mortaja del olvido. Porque no nos es posible concebir un principio sin que le preceda una eternidad de inacción, y por muy lejos que las ciencias de observación puedan conducirnos siempre han de mostrarnos en perpetua actividad las fuerzas.

Si el espacio infinito nos deslumbra por su inmensidad sin límites, ante nosotros, que la contemplamos aterrorizados, se levanta más formidable todavía la eternidad sin principio y sin fin. Desde el fondo del abismo las voces del pasado nos hablan, y nos hablan de lo porvenir.

El *pasado* de los mundos que fueron, es el *porvenir* de la Tierra.

*

**

De aquí á cien millones de años la Tierra en que vivimos no existirá ya, ó por lo menos si de ella queda algún vestigio no será más que un fúnebre desierto: los diferentes mundos de nuestro sistema solar habrán acabado su ciclo vital; las historias de las varias humanidades que se habrán sucedido borradas estarán de larga fecha; nuestro mismo Sol habrá sin duda alguna perdido su luz, y como un astro negro rodará por la inmensidad nocturna. Tal vez, rechazado por las leyes del destino, por ellas empujado á los crisoles de la metamorfosis perpetua, reunido en un supremo choque á cualquier viejo sol difunto, resucitará como el fénix de sus cenizas, reanimadas por la transformación del movimiento en calórico.

Pero, entonces como hoy, las nebulosas habrán engendrado soles; entonces como hoy el espacio inmenso estará poblado de astros sin número gravitando en la armonía de sus recíprocas atracciones; nuevas tierras se banlancearán en la luz de sus soles respectivos; se sucedarán las noches y los días; brillarán los cielos; flotarán las nubes en los crepúsculos encantadores; auras perfumadas orearán los bosques y los valles; silencios misteriosos suspenderán el canto del pájaro que se debate en las ramas, y el amor, el eterno amor arrastrará á las nuevas adolescentes al éxodo divino de las aspiraciones insaciables. Maravillosa ascensión de la vida, la naturaleza cantará como hoy el himno de la juventud y de la dicha y la primavera inacabable florecerá siempre en este universo inmenso en el que no vé más que tumbas el historiador del pasado.

Si el espacio carece de límites; si sea cual fuere el punto del cielo hacia el que se lance nuestro pensamiento puede éste volar *siempre*, sin que *nada* sea bastante á detenerle por grande que sea la rapidez de su vuelo, por mucho que dure su infatigable jornada; si en una palabra, el espacio es infinito en todos sentidos, otro tanto sucede con la eternidad: nada tampoco puede limitarla, y cualquiera que sea el límite que imaginemos para su duración, sea la que fuere la hora, el minuto en que pretendamos darla por terminada, el pensamiento salta inmediatamente al otro lado de la pretendida barrera y prosigue su camino. Pueblan actualmente el espacio mundos en nacimiento, mundos que alcanzan la edad virily mundos en decadencia, y aun mundos muertos, diseminados todos en todas las regiones de la inmensidad sin límites; nebulosas gaseosas, soles de hidrógeno, astros oxidados, planetas en formación, satélites que se enfriaron, cometas que han ido disgregándose... las fuerzas de la naturaleza se muestran por todas partes en actividad, la energía de la creación sigue constante. Y las ciencias todas se acuerdan para testimoniar que eso que nosotros llamamos destrucción, anañadamiento, no es otra cosa que transformación. La Astronomía nos revela el *Tiempo* como nos ha revelado el *Espacio*, y nos demuestra que nuestra época actual nada tiene de particular en la naturaleza, como tampoco nuestro emplazamiento, y nos invita á reconocer la duración tan bien como el espacio, las dos formas de la realidad, contemplando en una misma síntesis los grandes aspectos del desarrollo del Universo.

*
**

No ; este sueño no era sueño. La Tierra con toda su historia no era para las humanidades que han vivido en los diferentes mundos del espacio más que una posibilidad de las fecundaciones de lo porvenir. Podría no haber existido nunca. Vosotros, historiadores de los pueblos terrestres, Moisés, Heródoto, Maneton, Tito-Livio, Ma-Tuan-Lin, Tácito, Gregorio de Tours, Bossuet, vosotros todos que os imagináis haber escrito *historias universales*, contigo, gran Leibnitz, que comienzas en la creación del mundo la historia de un minúsculo ducado de Alemania, y contigo, autor celebrado de las *Metamorfosis*, que nos contaste el nacimiento del cielo y de los dioses, sabed que la astronomía sonrío en presencia de vuestros famosos anales, como sonrío ante las genealogías de los reyes y las conquistas de los Césares,

combates de hormiguitas en mínimos espacios,
candorosas ilusiones de niños que acarician sus muñecas. Invente quien quiera nuevos microscopios que nos permitan distinguir un Carlomagno ó un Napoleón en el hormiguero de Lilliput, porque nosotros no sabemos inventarlos. La Tierra entera, ¿dónde está? Por la abstracción del pensamiento acabamos de vivir antes y después de ella ; toda su historia se ha desvanecido, como relámpago que pasa turbando un instante la plácida calma de un día inacabable de verano.

*
**

En los momentos en que yo contemplaba esos panoramas del tiempo y del espacio, y en que los siglos de

otros tiempos desfilaban lentamente en mi presencia con sus largos cortejos de glorias desaparecidas, y en que las humanidades que poblaron los mundos resucitaban en las profundidades de la extensión dejando caer sus sudarios y poniéndose en marcha por los floridos senderos de la vida, todo ese pasado secular y prodigioso hízose presente y resplandecieron con sus luces propias los millones de soles extinguidos de era en era. El cielo se mostró iluminado por astros innúmeros que nuestros ojos mortales no vieron jamás y la luz de la vida resplandeció sobre las playas celestes que se sucedían hasta el infinito.

De pronto, de lo alto de los cielos, un inmenso velo negro cayó sobre todas esas claridades y mi pensamiento cesó de ver. Delante de ese velo el planeta en que estamos corría con su velocidad de cien mil kilómetros por hora. Cuanto á mí, me encontraba en el estado habitual de los habitantes de la Tierra, que viven sin ver nada más allá de su horizonte, y que se imaginan que, así en el tiempo como en el espacio, en el mundo solo existe nuestra mediocre humanidad.